

ANGEL CRUCHAGA SANTA MARÍA

Fray Camilo Henríquez

Apóstol Fray Camilo, el de la Buena Muer-
[te,
veo tu rostro débil, tus manos afiladas,
tu raída sotana y tu espíritu fuerte,
más bello que el brillar grave de las es-
[padas.

Te persiguió sañuda la Inquisición de Es-
[pañá,
cual rebelde de Chile, amor de tu existen-
[cia,

sobre tus hombros puros el tiempo te acom-
[pañá
y crece el delicado marfil de tu presencia.
En la mano la pluma, la cruz en el costado,
contemplas el futuro y estás transfigurado
y la Aurora de Chile vierte su claridad
por las calles humildes, zaguanes y salones.
Un arco iris trepa todos los corazones...
Y entonces Fray Camilo se ve en la eterni-
[dad.

La Aurora de Chile

La "Aurora de Chile" vuela
lo mismo que una paloma,
ave manchada de negro
que picotea en la historia
y busca los corazones
libres y en ellos se posa.
La dirige Fray Camilo
y en ella la Patria ronda
y el pecho de los Carrera
la guarda como custodia.
Fray Camilo escribe versos
fustiga a la gente goda
y es su palabra viril,
estilete, fuego y mofa.
Lo mueve la libertad
y él no quiere otra corona
que aspirar aire de Chile
de sus campos y sus rosas,
que el aire de los extraños
es cizaña y vil zozobra,
es agua turbia que daña
y el yugo que deshonra.
"Aurora de Chile", grita
alegre la gente moza
y hay Títulos de Castilla
miedosos en sus casonas

porque el Rey está olvidado
y las narices borbónicas.
La "Aurora de Chile", trae
todo un relente de gloria,
un alerta de tambores
sobre un arrullo de tórtolas,
mientras Chile está cantando
en la cumbre y en la costa
y en aguas del Bío-Bío
que sobre arenales boga.
Fraile de la Buena Muerte
Fraile de la Buena Aurora
recibe sobre tus hombros
las alas que galardonan
y separan de la tierra
al que un día desemboca
en el delta del milagro,
la divina patria sola
en donde se mustia el día
y con la noche dialoga.
Fraile de la Buena Muerte,
Fraile de la Buena Aurora...

Aureola para Bernardo O'Higgins, niño

La mirada de Chile al caer en su vida
le quema el corazón con llama sostenida

entre los magnolios de la casona vieja
donde penetra el sol tierno como una oveja.

El rostro de la madre y el de la suave her-
mana
lo animan como el aire que vuela en la
ventana,

y el niño mira el sol, el agua, las colinas
y el cielo de la noche, cuna de golondrinas.

Se pregunta por qué su espíritu no siente
los ojos de su padre clavados en su frente.

Pero la madre vela y se aleja la sombra.
El padre está ausente; el niño no lo nom-
bra.

Y lleva sobre el pecho un rumor que se
vierte,
una canción de Chile saturada de muerte.

Chile con sus huertos, sus uvas y panales.
Chile con su mar que vuelca los cristales.

Quiere nacer la Patria. La Patria está en
acecho.
Como un racimo rojo se le rompe en el
pecho.

Toda la tierra libre sin nada que la oprima
desde el mar océano al airón de la cima.

Con sus cimbrantes álamos y fuertes cam-
pesinos
con la sonora rueda de sus claros molinos.

Y el niño está soñando y oye de los confines
como un chocar de espadas y un eco de
clarines

y un tropel de caballos que conduce la ha-
zaña
mientras se marchita la bandera de España

y la Patria es la pira donde se quema todo:
la sangre, el corazón, la miseria y el lodo.

En ella el niño bebe como en un cuenco
puro
y escribe tras el llanto su nombre sobre el
muro,

porque ha nacido en ella sintiendo sus rau-
dales
bajo el canto apacible de los dulces zorzales.

La tierra es como un grito que se triza en
sus venas.
El infante la siente abrirse en azucenas . . .

El tiempo crece. El niño ya no ve su mon-
taña.
Chile es una lágrima que siempre lo acom-
paña.

Le mira Europa pobre, solo y entristecido.
De amor y de nostalgia se siente revestido.

Y Francisco Miranda que es trueno y pro-
fecia
levanta sobre América su esplendor de
vigía,

y O'Higgins al oírlo siente un golpe de
lanza:
"Chile —solloza—, Chile, mi amor y mi es-
peranza,

ha de llegar la hora solemne del destino
en que se acerque a ti mi pie de peregrino.

Yo te ofrendo mi vida; mi corazón es tuyo.
Eres la tierra mía, mi ventura y mi orgullo.

Iré por tus senderos y besarán mi espada
los soles y los fríos y la noche estrellada

hasta que seas libre, soberana y erguida.
Toda mi sangre va hacia ti conmovida".

Y cerrando los ojos vió O'Higgins a lo lejos
a un niño que corría entre rosales viejos.

A un niño rubio y triste que atravesaba el
frente a los fantasmas de una casa vacía [día
o bajo las pupilas de una mujer sagrada

que hasta la eternidad parecía enlutada.
Y el alma del patriota en un presentimiento
vió todo su futuro esculpido en el viento.

Viene don Bernardo O'Higgins

Don Bernardo, don Bernardo
del oriente hasta la costa
por una tierra de luz
en su caballo galopa.
Reverentes lo saludan
los maitenes de las lomas
y en los jardines del pobre
lo reconocen las rosas,
que viera en Cancha Rayada
en esa noche de gloria
en que su brazo formó
en el cielo una aureola
y las mujeres de Chile
lloraron en sus alcobas
lágrimas por los varones,
porque duele una derrota.
Pero vino pronto el sol
rodando desde Mendoza,
un sol que a todos besaba
con amor, como una boca.
Don Bernardo, don Bernardo,
Chile fué tu única joya,
el orgullo de tus ojos,

la música de tu honra,
Chile con sus trigales,
sus labriegos de alma honda,
sus arados que relucen,
sus carretas rumorosas,
sus caballos que atraviesan
la tarde plena de aromas.
Ha venido don Bernardo
a mirar su tierra angosta
que parece una cintura
desde el oriente a las olas.
El contempla al campesino
que dentro del surco deshoja
su corazón que es un pan
de suave misericordia.
Don Bernardo cruza selvas
que el sol quema y tornasola
y los pájaros le cantan
bellamente entre la sombra.
Don Bernardo, don Bernardo
del oriente hasta la costa
por una tierra de luz
en su caballo galopa.

Rancagua, ciudad heroica

Don Bernardo, don Bernardo,
dice la voz de la patria.
Levántate del sepulcro
con la fuerza de tus alas,
ahora que hace cien años
de tu muerte en tierra extraña
siempre mirando hacia Chile
como a través de una lágrima.

Rancagua, ciudad de Chile
doncella condecorada
con la sangre de los héroes
que cayeron en tu plaza.
Allí O'Higgins, Padre Nuestro,
alzó el brillo de su cara.
Allí Freire tuvo fuego
en la punta de su espada.
Allí Ibieta vió su brazo

roto como una granada.
Allí Juan José Carrera
mostró el lustre de su casta
y ante el viento de la muerte
cruzó el cóndor de la hazaña.

¡Qué largas fueron las horas
de esa jornada soberbia!
Un espiral de humo gris
subía en la tarde inmensa
y en la plaza de Rancagua
aun seguía la contienda.
Polvo, gritos, el incendio
que sobre las casas trepa;
sangre que los ojos nubla
y en el estrépito rueda
hasta el momento sublime
de la solemne refriega,

en que O'Higgins lanzó al aire
 su voz de rayo y arena
 y los bravos con la espada
 que se ha trocado en centella
 saltaron sobre el hispano
 y rompieron las trincheras
 de la plaza de Rancagua
 que ardía como una tea.
 Allí concluyó la historia
 de la noble Patria Vieja.
 Allí detuvo el destino
 el paso de la epopeya
 y en las casas de Rancagua

flamearon banderas negras
 con el luto de los hombres
 que en la agonía suprema
 fueron llama y holocausto
 en duro pecho de piedra
 y entregaron a la Patria
 todo el fervor de sus venas
 para que ella fuese libre,
 como el mar, como la flecha,
 como la mano de Dios
 tendida sobre el planeta.

Rostro de Chile, págs. 77-80, 81-82.

PABLO NERUDA

B. O'Higgins Riquelme (1810)

O'Higgins, para celebrarte
 a media luz hay que alumbrar la sala.
 A media luz del sur en otoño
 con temblor infinito de álamos.

Eres Chile, entre patriarca y huaso,
 eres un poncho de provincia, un niño
 que no sabe su nombre todavía,
 un niño férreo y tímido de la escuela,
 un jovencito triste de provincia.
 En Santiago te sientes mal, te miran
 el traje negro que te queda largo,
 y al cruzarte la banda, la bandera
 de la patria que nos hiciste.
 tenía olor de yuyo matutino
 para tu pecho de estatua campestre.

Joven, tu profesor Invierno
 te acostumbró a la lluvia
 y en la Universidad de las calles de Lon-
 [dres
 la niebla y la pobreza te otorgaron sus tí-
 [tulos
 y un elegante pobre, errante incendio
 de nuestra libertad,
 te dio consejos de águila prudente,
 y te embarcó en la Historia.
 "Cómo se llama Ud." reían
 los "caballeros" de Santiago,
 hijo de amor, de una noche de invierno,
 tu condición de abandonado
 te construyó con argamasa agreste
 con seriedad de casa o de madera
 trabajada en el sur, definitiva.
 Todo lo cambia el tiempo, todo menos tu
 [rostro.

Eres, O'Higgins, reloj invariable
 con una sola hora en tu cándida esfera:
 la hora de Chile, el único minuto
 que permanece en el horario rojo
 de la dignidad combatiente.

Así estarás igual entre los muebles
 de palisandro y las hijas de Santiago,
 que rodeado en Rancagua por la muerte
 [y la pólvora.

Eres el mismo sólido retrato
 de quien no tiene padre sino patria,
 de quien no tiene novia sino aquella
 tierra con azahares
 que te conquistará la artillería.

Te veo en Perú escribiendo cartas.
 No hay desterrado igual, mayor exilio.
 Es toda la provincia desterrada.
 Chile se iluminó como un salón
 cuando no estabas. En derroche,
 un rigodón de ricos substituye
 tu disciplina de soldado ascético
 y la patria ganada por su sangre
 sin tí fue gobernada como un baile
 que mira el pueblo hambriento desde fue-
 [ra.

Ya no podías entrar en la fiesta
 con sudor, sangre y polvo de Rancagua.
 Hubiera sido de mal tono
 para los caballeros capitales.
 Hubiera entrado contigo al camino,
 un olor de sudor y de caballos,
 el olor de la patria en Primavera.